

UN EPÍTOME DE LA TEOSOFÍA



William Q. Judge

[Título Original *An Epitome of Theosophy*, traducción de la Logia Unida de Teósofos, revisada y corregida por integrantes del Centro de Estudios de la Teosofía Original en Argentina, abril del 2015.]

LA TEOSOFÍA, la Religión-Sabiduría, ha existido desde tiempos inmemoriales. Nos ofrece una teoría de la naturaleza y de la vida que está fundada en el conocimiento adquirido por los Sabios del pasado, especialmente aquellos del oriente; y sus estudiantes más avanzados sostienen que este conocimiento no es imaginado ni es inferido, sino que es un conocimiento de hechos vistos y conocidos por aquellos que están dispuestos a cumplir con las condiciones requeridas para verlo y conocerlo.

La Teosofía, significa conocimiento de o acerca de Dios (no en el mismo sentido de un Dios personal antropomórfico, sino en el de sabiduría divina de “dios”), el término “Dios” es aceptado universalmente como incluyéndolo todo, lo conocido y lo desconocido, de allí que la Teosofía debe significar sabiduría respecto de lo Absoluto; y puesto que lo Absoluto no tiene principio ni fin, esta sabiduría debe de haber existido siempre. Por lo tanto a la Teosofía se le llama a veces la Religión-Sabiduría porque desde tiempo inmemorial ha sido el conocimiento de todas las leyes que rigen en lo espiritual, lo moral y lo material.

La teoría que ofrece para explicar la naturaleza y la vida no ha sido formulada especulativamente y después probada ajustando hechos o forzando conclusiones, sino que es una explicación de la existencia, cósmica e individual, resultante del conocimiento obtenido por quienes han adquirido el poder de ver a través del velo que oculta las operaciones de la naturaleza a la mente ordinaria.

Tales Seres son llamados Sabios, usando el término en su más alto sentido. En estos últimos años han sido llamados Mahātmās y Adeptos. En los tiempos antiguos eran llamados Rishis y Maharishis, la última es una palabra que significa Gran Rishis.

No pretendemos decir que estos seres elevados, o Sabios, sólo han existido en el oriente. Se sabe que han vivido en todas partes del globo, en obediencia a las leyes cíclicas de las que se hablará más tarde. Por lo que concierne al desarrollo actual de la raza humana en este planeta, se sabe que se encuentran ahora en oriente, aunque en verdad puede ser que en tiempos remotos algunos de ellos hayan, llegado desde las costas americanas.

Habiendo por necesidad varios grados entre los estudiantes de esa Religión-Sabiduría, es claro que los que pertenecen a los grados menores sólo pueden comunicar los conocimientos que corresponden a su grado, y que dependen, aun hasta cierto punto, para más información de los estudiantes más avanzados. De estudiantes superiores de quienes se dice, que lo que saben, no es cuestión de meras inferencias sino que se relaciona con realidades vistas y conocidas por ellos. Mientras algunos de ellos están en contacto con la Sociedad Teosófica, sin embargo, están muy por encima de ella. El poder de ver y conocer absolutamente tales leyes está circunscripto por regulaciones naturales inherentes, las cuales deben ser obedecidas como condiciones preliminares; y por lo tanto, no es posible satisfacer las preguntas y las demandas del hombre de mundo que pide una explicación inmediata de esta sabiduría, puesto que no es posible que él la comprenda hasta que cumpla las condiciones. Como esta sabiduría trata de leyes, y estados de la materia, y de estados de conciencia no soñados por el “práctico” mundo occidental, sólo queda aprender poco a poco, a medida que el estudiante avanza en la tarea de demoler una a una las ideas falsas y preconcebidas que se deben a teorías erróneas o incompletas.

Estos estudiantes superiores nos dicen que especialmente en el mundo occidental, ha prevalecido por muchos siglos un falso método de razonar, que ha resultado en un hábito universal de la mente que hace tomar los efectos por causas, y mirar lo que es real como ilusorio, mientras que trasponen a lo ilusorio en el lugar de lo real. Como un pequeño

ejemplo, citaremos lo fenoménico del mesmerismo y la clarividencia, que hasta hace poco tiempo, ha negado la ciencia occidental, a pesar de haber numerosas personas que por evidencia introspectiva incontrovertible, saben positivamente la verdad de estos fenómenos, y, en algunos casos, comprenden su causa y su modo de ser.

A continuación ponemos algunas de las proposiciones fundamentales de la Teosofía:

El espíritu en el hombre es la única parte de su ser que es real y permanente; lo demás de su naturaleza es un compuesto variable. Y como todo lo que es compuesto está sujeto a desintegración, todas las partes del hombre, menos el espíritu, son impermanentes.

Además, siendo el universo uno y no muchos, y toda cosa que él encierra está conectada con la totalidad, y con toda otra cosa en ello, no existe acto o pensamiento que no sea percibido por el gran todo. De esto hay conocimiento perfecto en la esfera superior de la que hablaremos. Por lo tanto todo lo que existe está ligado inseparablemente por los lazos de la Fraternidad.

La primera proposición fundamental de la Teosofía postula que el universo no es un agregado de unidades diversas sino que es una totalidad. Esta totalidad es llamada “Divinidad” por los filósofos occidentales, y “Para-Brahm” por los vedantinos hindúes. Puede llamarse lo Inmanifestado, que contiene en sí la potencia de todas las formas de manifestación, junto con las leyes que gobiernan estas manifestaciones. Además se enseña que no hay creación de mundos en el sentido teológico, sino que toda su aparición es debida estrictamente a la evolución. Cuando llega la hora en que lo Inmanifestado se manifiesta como un Universo objetivo, lo cual sucede periódicamente, emana de sí un Poder o “La Primera Causa”, llamada así porque es en sí la raíz sin raíz de esa Causa, y llamada en el oriente la “Causa sin Causa”. A la primera Causa, podemos llamarle Brahmā, u Ormazd, u Osiris, o por cualquier nombre que nos agrade. La proyección en el tiempo de la influencia o del así llamado “soplo de Brahmā”, causa que aparezcan gradualmente los mundos y todos los seres que los habitan. Todo esto permanece en manifestación mientras que esta influencia continúa impeliendo la evolución. Después de inmensas eras el soplo espiratorio, la influencia evolucionaria disminuye, y el universo empieza a entrar en obscuración o pralaya, hasta, que el “soplo” es completamente inhalado, y no queda nada objetivo, porque nada *es*, más que Brahma. Es preciso que el estudiante tenga cuidado en diferenciar entre Brahma (el impersonal Parabrahma) y Brahmā el Logos manifestado. Discutir en este Epítome los medios que emplea este poder para funcionar estaría fuera de lugar, pero la Teosofía también trata acerca de los mismos.

La exhalación es conocida como un Manvántara, o la Manifestación del mundo entre dos Manus (de Manu y Antara que significa “entre”) y la consumación de la inhalación trae consigo Pralaya, o destrucción. Es de estas verdades que han surgido los errores con respecto a la “creación” y al “juicio final”. Esos Manvántaras y Pralayas han ocurrido eternamente, y continuarán efectuándose periódicamente y por siempre.

Para que tenga lugar un Manvántara dos principios eternos, son postulados, que son, Purusha y Prakriti (o espíritu y materia), porque los dos están siempre presentes y juntos en cada manifestación. Se usan estos términos sánscritos porque no hay equivalente justo en otro idioma. Purusha es llamado el “espíritu”, y Prakriti la “materia”, pero ni es Purusha lo Inmanifestado ni es Prakriti la materia tal como la conoce la ciencia; los Sabios Arios declaran que hay un espíritu todavía más elevado llamado Purushottama. La razón de todo esto es que durante la noche de Brahmā, o la llamada inhalación, ambos, Purusha y Prakriti

son absorbidos en lo Inmanifestado; un concepto que es la misma idea que la expresión bíblica: “quedando en el seno del Padre”.

Esto nos trae a la doctrina de la Evolución Universal como explican los Sabios de la Religión-Sabiduría. Ellos dicen que el Espíritu o Purusha, procede de Brahma a través de varias formas de materia desarrolladas al mismo tiempo, empezando en el mundo espiritual desde lo más alto y en el mundo material desde la forma más baja. La forma inferior es todavía desconocida a la ciencia moderna. De manera que toda forma mineral, vegetal o animal, cada una aprisiona una chispa de lo Divino, una porción del indivisible Purusha.

Estas chispas laboran por “retornar al Padre”, o en otras palabras, para asegurar la auto-conciencia y por último llegan a la forma más elevada en la Tierra, la del hombre donde sólo es posible para ellos, la auto-conciencia. El período durante el cual se efectúa esta evolución, calculado en tiempo humano, abraza millones de siglos. Así es que cada chispa emanada de la divinidad tiene millones de siglos para realizar su misión, que es obtener la completa auto-conciencia mientras que está en la forma humana. Pero esto no quiere decir que el mero hecho de manifestarse en forma humana confiera a la chispa divina la conciencia propia. Ese gran trabajo puede ser consumado durante el Manvántara en el cual la chispa Divina alcanza la forma humana, o tal vez no; todo depende de los esfuerzos individuales y de la propia voluntad. Cada espíritu particular pasa a través del Manvántara, o entra en manifestación para su propio enriquecimiento y a su vez, el de la Totalidad. Los Mahātmās y Rishis se desarrollan gradualmente durante un Manvántara y al concluir éste llegan a ser espíritus planetarios que guían la evolución de otros futuros planetas. Los espíritus planetarios de nuestro globo son aquellos que hicieron los esfuerzos necesarios en Manvántaras anteriores—o días de Brahmā— y llegaron a ser Mahātmās durante el curso de ese largo período.

Cada Manvántara es para la misma meta y propósito, para que los Mahātmās que han obtenido tal altura, o los que llegarán a ser Mahātmās en los años que quedan del presente Manvántara, sean probablemente los espíritus planetarios del próximo Manvántara, ya sea en este planeta o en algún otro. Este sistema está basado, como se ve, en la identidad del ser Espiritual, y, bajo el nombre de “Fraternidad Universal”, constituye la idea básica de la Sociedad Teosófica, cuyo objetivo es la realización de esta Fraternidad entre los seres humanos.

Los Sabios dicen que este Purusha es el fundamento de todos los objetos manifestados. Sin él nada podría existir o estar cohesionado. Interpenetra todo y en todos lados. Es la realidad de la cual las cosas que nosotros llamamos reales, son meras imágenes. Como Purusha anima y abraza a todos los seres, estos se encuentran todos conectados, y en él o sobre el plano en el que esté Purusha, allí habrá conciencia perfecta de todo acto, pensamiento, objeto, circunstancia, ya sea que haya ocurrido en ese, en este o en cualquier otro plano. Pues, por debajo del espíritu y por encima del intelecto existe un plano de conciencia en el que las experiencias son registradas, comúnmente llamado: la “naturaleza espiritual” del ser humano; frecuentemente se dice que el mismo es tan susceptible de cultivo, como el cuerpo o el intelecto.

Este plano superior es el verdadero registro de todas las sensaciones y experiencias, aunque hay otros planos registradores. A veces se le llama la “mente sub-consciente”. La Teosofía, mientras tanto sostiene que es mal uso de los términos el decir que la naturaleza espiritual puede ser cultivada. El objetivo real que se debe tener presente, es abrir o hacer permeable la naturaleza inferior para que así la naturaleza espiritual pueda brillar a través y llegar a ser el guía y gobernante. Sólo es “cultivada” en el sentido de preparar un vehículo

para su uso, en el cual pueda descender. En otras palabras, se asegura que el hombre verdadero, que es el ego superior —la chispa de lo Divino ya mencionada— eclipsa al ser visible el cual tiene la posibilidad de llegar a unirse a esa chispa. Así es que se dice que el Espíritu superior no está dentro del hombre sino sobre el hombre. Está siempre en paz, sin preocupaciones, feliz y lleno de conocimiento absoluto. Continuamente participa del estado Divino, siendo continuamente el estado mismo, y “unido con los Dioses, se alimenta de Ambrosía”. Lo que se propone cada estudiante es dejar que la luz de ese espíritu brille a través de las envolturas inferiores.

Este “cultivo espiritual” es sólo obtenible conforme a que los intereses groseros, las pasiones, los apetitos de la carne, sean subordinados a los intereses, aspiraciones y necesidades de la naturaleza superior; y esto es asunto tanto del sistema como de la ley establecida.

El espíritu solamente puede llegar a ser el gobernante cuando se tiene primero una aceptación o firme reconocimiento intelectual de que sólo ÉSTE lo es. Y, como se dijo anteriormente, que esto no sólo concierne a una persona sino a la totalidad, todo egoísmo debe de ser eliminado de la naturaleza inferior antes que su estado divino pueda alcanzarse. Mientras quede el más mínimo deseo personal o egoísta —aún el querer el desarrollo espiritual para uno mismo— se pospondrá el objeto anhelado. Por eso la frase “apetitos de la carne” debe extenderse a deseos que no son carnales, y mejor sería decir todos los “deseos de naturaleza personal, incluyendo los del alma individual”.

Cuando un hombre ha sido metódicamente educado de acuerdo a este sistema y ley, alcanza una clara visión interna en el inmaterial mundo espiritual, y sus facultades internas perciben la verdad tan inmediatamente y tan fácilmente como las facultades físicas se adhieren a las cosas sensuales, o la mente a las razonables. O, en las palabras usadas por algunos de ellos, “Ellos son capaces de mirar directamente las ideas”, y por lo tanto su testimonio sobre verdades espirituales es tan digno de fe como el de los científicos o filósofos a la verdad en sus campos respectivos.

En el curso de este cultivo espiritual esos hombres adquieren percepción y dominio de varias fuerzas naturales desconocidas por los otros hombres, y de este modo pueden ejecutar actos usualmente llamados “milagrosos”, pero que sólo son el resultado de un mayor conocimiento de la ley natural. Lo que estos poderes son puede encontrarse en la *Filosofía Yoga* de Patanjali.

Su testimonio respecto a la verdad trascendental, corroborado por la posesión de tales poderes, desafía el examen cándido de toda mente religiosa.

Volviendo ahora al sistema expuesto por estos Sabios, encontraremos en primer lugar, una reseña de cosmogonía, el pasado y futuro de esta tierra y de otros planetas, la evolución de la vida pasando por las formas elemental, mineral, vegetal, animal y humana, como ellas son llamadas.

Estos “elementales vitales pasivos” son desconocidos por la ciencia moderna, aunque algunas veces se les acerca, llamándoles agentes materiales sutiles, cuando en realidad son formas de la vida misma.

Cada Kalpa, o gran período, es dividido en cuatro edades o Yugas, cada una de las cuales dura millares de años, y cada una es marcada por una característica predominante. Estas son: Satya-yuga (o edad de la verdad), la Tretya-yuga, la Dvāpara-yuga, y nuestra presente Kali-yuga (o edad de obscuridad), que empezó hace cinco mil años. La palabra “obscuridad” se refiere a obscuridad espiritual y no material. Sin embargo, en esta edad toda causa produce sus efectos más aprisa que en ninguna otra era, lo cual es debido a la

intensidad impulsiva del “mal”, cuando el curso del ciclo se acerca al punto de retorno hacia un nuevo ciclo de verdad. Así es que un amante sincero de la humanidad puede hacer más en tres encarnaciones en Kali-Yuga, que en muchas más en cualquier otra edad. La obscuridad de esta edad no es absoluta, pero es mayor que en las otras; su principal tendencia es hacia el materialismo; su mitigación es el progreso ocasional en lo ético o lo científico que conduce a la mejora de la raza por la remoción de causas inmediatas de enfermedad o crimen.

Nuestra tierra es una de una cadena de siete planetas, el único en el plano visible, mientras los otros seis están en diferentes planos, y son por lo tanto invisibles. [Los otros planetas de nuestro sistema solar pertenecen cada uno a una cadena de siete.] Y la ola de vida pasa del globo más alto al más bajo en la cadena hasta que llega a nuestra tierra, y entonces asciende y pasa a los otros tres globos del arco opuesto; y así sucesivamente siete veces. La evolución de formas coincide con este progreso, la marea de vida llevando las formas minerales y vegetales, hasta que cada globo esté listo para recibir la ola vital humana. De estos globos nuestra tierra es el cuarto.

La humanidad pasa de globo a globo en una serie de Rondas, primero circunvalando cada globo, y re-encarnándose un número fijo de veces. En cuanto a la evolución humana en los planetas o globos ocultos poco es permitido decir. Nosotros tenemos que ocuparnos de nuestra tierra. Esta, cuando la ola humana la alcanzó por última vez (en esta, nuestra Cuarta Ronda), empezó a evolucionar al hombre, subdividiéndolo en razas. Cada una de estas razas cuando a través de la evolución, ha llegado al punto conocido como el “momento de escoger” y decide individualmente como raza su destino futuro, empieza a desaparecer. Además, las razas están separadas, unas de otras por cataclismos de la naturaleza, tales como el hundimiento de continentes y otras grandes convulsiones naturales. Coincidiendo con el desarrollo de las razas el desarrollo de la especialidad de los sentidos toma lugar; de modo que nuestra quinta raza ha desarrollado hasta ahora cinco sentidos.

Dicen también los sabios que los asuntos de este mundo y de sus habitantes están sujetos a las leyes cíclicas y que durante uno de estos ciclos no es posible obtener ni la calidad ni la rapidez del progreso que corresponde a otro ciclo. Estas leyes cíclicas operan en cada era. A medida que las edades se obscurecen prevalecen las mismas leyes, sólo que los ciclos son más cortos; es decir ellos tienen la misma duración en el sentido absoluto, pero pasan el límite establecido en un periodo de tiempo más corto. Estas leyes imponen restricciones al progreso de la raza. En un ciclo, donde todo está ascendiendo y descendiendo, los Adeptos tienen que esperar hasta que llegue el momento en que ellos puedan ayudar a la raza a ascender. Ellos no pueden, ni deben interferir con la ley Kármica. Y así empiezan a trabajar activamente otra vez en el sentido espiritual, cuando saben que el ciclo va aproximándose a su punto de cambio.

Al mismo tiempo estos ciclos no tienen líneas fijas de demarcación, ni fronteras, ni puntos de partida, puesto que es posible que esté uno a punto de concluir cuando ya otro hace algún tiempo que empezó. Así se sobreponen y se desvanecen unos en los otros, como el día hace con la noche; y sólo cuando uno está completamente terminado y el otro ya ha realmente comenzado manifestando su eflorescencia es que podemos decir que estamos en un nuevo ciclo. Como ejemplo, pueden compararse con dos círculos entrelazados de tal manera que la circunferencia de uno pase por el centro de otro y entonces el momento en que uno termine y el otro empiece será el punto en que se crucen las circunferencias. O imaginemos a un hombre que camina, como ilustración del progreso de los ciclos; la rapidez de su marcha solo puede obtenerse midiendo la distancia cubierta por sus pasos; el punto

medio en cada paso, es decir, el punto que queda a mitad de pie a pie, marca el principio de un ciclo y el final de otro.

El progreso cíclico es ayudado, o la deterioración es permitida, de este modo: cuando el ciclo va ascendiendo, Seres avanzados y desarrollados llamados en Sánscrito *Jñánis*, descienden a esta tierra de otra esfera donde el ciclo está declinando, en orden que ellos puedan también ayudar al progreso espiritual de este globo. De igual modo ellos dejan esta esfera cuando nuestro ciclo se acerca a la obscuridad. Sin embargo, no hay que confundir estos Jñánis con los Mahātmās y Adeptos ya mencionados. La verdadera meta de un verdadero Teósofo debería ser, por lo tanto, arreglar su vida de manera que su influencia contribuya a disipar las tinieblas para que los Jñánis puedan volver otra vez hacia esta esfera.

La Teosofía también enseña la existencia de un muy tenue medio universalmente difundido, el cual ha sido llamado la “Luz Astral” y “ākāśa”. Es el almacén donde se depositan todos los acontecimientos pasados, presentes y futuros, y en éste se marcan todos los efectos de causas espirituales, y todos los actos y pensamientos, ya sean en dirección del espíritu o la materia. Casi podría llamarse el Libro del Ángel Registrador.

Sin embargo no debe confundirse ākāśa con el Eter ni con la luz astral de los Kabalistas. Ākāśa es el noumenon del fenómeno eter o luz astral propiamente dicho, porque ākāśa es infinito, indivisible, intangible, siendo su única producción el Sonido¹.

Y esta luz astral es material y no espiritual. Es en realidad el principio más bajo del cuerpo cósmico del que ākāśa es el más alto. Tiene la facultad de retener toda imagen. Y esto significa que cada pensamiento así como cada palabra y cada acto imprime una imagen en ella. Puede decirse que estas imágenes tienen dos vidas. Primero, su propia vida como una imagen. Segundo, la impresión dejada por ellas en la matriz de la luz astral. En las regiones superiores de esta luz, no existe tal cosa como espacio y tiempo en el sentido humano. Todos los acontecimientos futuros son pensamientos y actos humanos; estos son los productores, de antemano, de la imagen del suceso que va a ocurrir. El hombre ordinario continuamente sin tino, y con mala intención, está fabricando estos eventos que no pueden dejar de suceder, pero los Sabios, los Mahātmās y los Adeptos de la buena ley, sólo hacen imágenes que estén de acuerdo con la ley Divina, porque ellos tienen dominio sobre la producción de sus pensamientos. En la luz astral también están todos los diferenciados sonidos. Los elementales son centros de energía en ella. Las sombras de hombres fallecidos y animales también están allí. De modo que cualquier clarividente, o cualquier persona en trance puede ver en ella todo lo que uno ha hecho o dicho, como también todo lo que ha sucedido a ellos con los que están relacionados. De aquí, que la identidad de personas difuntas —que se supone se reportan específicamente desde este plano— no es para ser creída aunque den detalles sobre cosas, palabras o ideas olvidadas. De este plano de materia se pueden sacar retratos de todo aquel que ha vivido y después reflejarlo sobre una adecuada superficie electro-magnética, de manera que aparenta ser una imagen del difunto reproduciendo todas las sensaciones de peso, dureza y extensión.

Por medio de la Luz Astral y con la ayuda de los Elementales, pueden reunirse los diferentes elementos materiales necesarios y ser precipitados de la atmósfera sobre una superficie plana, o en la forma de un objeto sólido; esta precipitación puede hacerse permanente o de tan poca fuerza coherente que pronto se desvanece. Pero la ayuda de los

1- Ākāśa en el misticismo de la Filosofía Esotérica es, propiamente hablando, el femenino “Espíritu Santo”; “Sonido” o habla siendo el Logos, el Verbo manifestado de la inmanifestada Madre. Ver “Sāṅkhyasāra”, prefacio, página 33 et seq [por Vijnana Bhikshu].

elementales sólo se consigue cuando se posee una fuerte voluntad y un conocimiento completo de las leyes que gobiernan la esencia de los elementales. Es inútil dar detalles sobre este asunto; primero, porque el estudiante que no está entrenado no puede entenderlos; y segundo; una explicación completa no es permitida, aunque tuviéramos espacio para ello.

El mundo de los elementales es un factor importante en nuestro mundo y en el camino del estudiante. Cada pensamiento que es emanado del hombre se une instantáneamente con un elemental y entonces queda fuera del poder del ser humano.

Es fácil ver que este procedimiento tiene lugar en todo instante. De modo que, cada pensamiento existe como una entidad. Su tiempo de vida depende de dos cosas: (a) La fuerza original de la voluntad y del pensamiento de la persona; (b) El poder del elemental con el que está relacionado, el último estando determinado por la clase a la que el elemental pertenece. Este es el caso de buenos y malos pensamientos, y como generalmente la voluntad que impelen los malos es intensa, podemos ver que el resultado es muy importante, porque el elemental no tiene conciencia y obtiene su constitución y su dirección del pensamiento que pueda guiarlo de tiempo en tiempo.

Cada ser humano tiene sus elementales propios que participan de su índole y pensamientos. Si tú fijas tus pensamientos con cólera en una persona, o con juicios críticos y poco caritativos, atraes un número de elementales que les corresponden, generan y son generados por esa falta o falla particular, y ellos se precipitan sobre ti. Así es que, a causa de la injusticia de nuestra condenación meramente humana, que no sabe el origen y las causas de la acción de otro, al instante tú te haces participante de su falta o debilidad por tu propio acto, y el elemental dañino que despedimos vuelve acompañado “con otros siete diablos peores que él”. De aquí que nace el refrán popular “las maldiciones, como los pollos, vuelven a casa a descansar” y esto tiene su base en las leyes que gobiernan la afinidad magnética.

En el Kali-Yuga estamos hipnotizados por el efecto del inmenso cuerpo de imágenes que hay en la Luz Astral, compuesta de los pensamientos, actos y demás, de nuestros antepasados, cuyas vidas tendían en una dirección material. Estas imágenes influyen al hombre interno —que es consciente de ellas— por sugestión. En una edad más iluminada la influencia de esas imágenes sería hacia la Verdad. El efecto de la Luz Astral, pintada y amoldada por nosotros, permanecerá mientras tanto continuemos imprimiendo esas imágenes allí, y así viene a ser nuestro juez y nuestro verdugo. Toda ley universal lleva en sí misma los medios de su ejecución y castigo de su violación, y no necesita ninguna otra autoridad para postular su cometido o hacer cumplir sus decretos.

La Luz Astral por su acción inherente es a la vez quien desarrolla y destruye las formas. Es el registro universal. Su principal utilidad es ser un vehículo para la operación de las leyes del Karma, o el progreso del principio de vida, y en un profundo sentido espiritual es un medium o “mediador” entre el hombre y su Deidad, su espíritu supremo.

La Teosofía también nos habla acerca del origen, la historia, el desarrollo y el destino de la humanidad.

Con respecto al Hombre enseña:

Primero. Que cada espíritu es una manifestación del Espíritu Uno y por lo tanto parte del todo. Este pasa por una serie de experiencias durante la encarnación y está destinado a reunirse al final con lo Divino.

Segundo. Que la encarnación no es única sino que se repite, reincorporándose cada individualidad durante numerosas existencias en sucesivas razas y planetas de nuestra cadena planetaria, y acumulando experiencias de cada encarnación hacia su perfección.

Tercero. Que entre encarnaciones adyacentes, después que los elementos groseros primero son purgados, viene un período de descanso y quietud relativa, llamada Devachan, en el cual el alma se prepara para su próximo advenimiento a la vida material.

La constitución humana está subdividida en una manera septenaria, siendo las principales divisiones el cuerpo, el alma, y el espíritu. Estas divisiones y su relativo desarrollo gobiernan su subjetiva condición después de la muerte. La verdadera división no puede ser comprendida, y debe por algún tiempo quedar esotérica, porque requiere el uso de ciertos sentidos, que no están usualmente desarrollados, para su entendimiento. Si la presente división septenaria, que es expuesta por escritores Teosóficos es tomada estrictamente y sin ninguna declaración condicional, caerá en errores e inútiles disputas. Por ejemplo, el Espíritu no es el Séptimo principio. Es la síntesis o el todo, y está igualmente presente en los otros seis. Las varias divisiones publicadas hasta ahora sólo sirven como hipótesis general de trabajo, que será desarrollada y corregida conforme los estudiantes avancen y se desarrollen por su propio esfuerzo.

El estado espiritual comparable al descanso y conocido como Devachan no es eterno y por lo tanto no es el mismo que el cielo eterno de los cristianos. Tampoco el “infierno” corresponde al estado conocido a los escritores teosóficos como Avitchi.

Todos los estados penosos son transitorios y estados purificadores. Cuando aquellos han pasado el individuo entra en el Devachan.

El “infierno” y Avitchi no son lo mismo. Avitchi es igual que la “segunda muerte”, pues de hecho éste es la aniquilación, que sólo le viene al “Mago negro” o sea espiritualmente perverso, como veremos luego.

Las condiciones de cada encarnación dependen del equilibrio entre méritos y deméritos de la previa vida o vidas, del modo de pensar y de vivir del hombre; y esta ley es inflexible y, completamente justa.

“Karma”, es un término que significa dos cosas, la ley de causación ética (Todo lo que siembras, eso cosecharás), y el balance o exceso de méritos o deméritos en cada individuo; determina también las experiencias importantes de alegría y tristeza en cada encarnación, de modo que lo que nosotros llamamos “suerte” es en realidad “merecimiento”, merecimiento adquirido en pasada existencia.

El Karma no se extingue todo en una sola vida, ni una persona necesariamente en esta vida está experimentando los efectos de todo su Karma previo; para algunos puede estar suspendido por varias causas. La causa principal es que el Ego no haya podido obtener un cuerpo que le sirva de instrumento o aparato en y por el cual la meditación o pensamientos de vidas previas pueden tener su efecto y ser maduradas. Por eso se sostiene que hay un poder misterioso en el pensamiento humano durante una vida, que con seguridad traerá resultados ya sea en la vida consecutiva o en alguna otra vida futura; es decir en cualquier vida en que el Ego obtenga un cuerpo capaz de ser el foco, aparato o instrumento para madurar el Karma del pasado. También hay un balanceante o divergente poder en karma en sus efectos sobre el alma. Pues un rumbo determinado adoptado por la vida —o por el pensamiento— influirá al alma en aquella dirección a veces por tres vidas, antes de que se haga sentir el efecto, bueno o malo, de cualquier otra clase de Karma. Esto no quiere decir que cada mínima fracción de Karma debe sentirse con el mismo detalle como cuando se produjo, ya que varias clases de Karma pueden culminar juntas en un punto de la vida, y por

sus efectos combinados producir un resultado que, aunque, como en la totalidad, representan con exactitud todos los elementos en él, aun así es un Karma diferente de cada una de las partes componentes. Esto puede conocerse como la anulación de los supuestos efectos de las clases de karma involucrado.

El proceso de la evolución hasta la reunión con lo Divino es e incluye la sucesiva elevación de nivel a nivel de poder y utilidad. A los seres más elevados todavía encarnados se les conoce como Sabios, Rishis, Hermanos, Maestros. Su gran función es preservar en todos los tiempos, y cuando las leyes cíclicas lo permitan, la extensión e influencia del conocimiento espiritual.

Cuando la unión con lo Divino es efectuada, todos los eventos y experiencias de cada encarnación son conocidos.

Con respecto al procedimiento de desarrollo espiritual, la Teosofía enseña:

Primero. Que la esencia del proceso yace en asegurarle la supremacía, al más alto elemento de la naturaleza del hombre, lo espiritual.

Segundo. Que esto se adquiere de cuatro modos entre otros:

- (a) Eliminación completa del egoísmo en todas sus formas, y el cultivo de una simpatía *amplia y generosa*, y esfuerzos por el bien de otros.
- (b) El cultivo absoluto del interno, el hombre espiritual, por medio de la meditación, por el alcance y comunión con lo Divino y por la clase de ejercicio descrito por Patanjali, *i.e.* un esfuerzo incesante hacia un fin ideal.
- (c) El control de los apetitos carnales y deseos, todos inferiores, subordinando deliberadamente todo interés material a los dictados del espíritu.
- (d) La ejecución cuidadosa de todo deber relacionado con la posición que uno ocupe en la vida, sin desear recompensa, dejando los resultados a la ley Divina.

Tercero. Que mientras lo antedicho es de incumbencia y practicable por todo hombre religioso, todavía hay un plano más elevado de logro espiritual que está condicionado a un determinado curso de disciplina, física, intelectual, y espiritual, por la cual primero las facultades internas son despertadas y luego desarrolladas.

Cuarto. Que este procedimiento se extiende hasta llegar al grado de Adepto y Mahātmā o a los estados de Rishis, Sabios y Dhyān Chohans; son todos estados excelsos, obtenidos por una laboriosa auto-disciplina y privaciones, prolongadas tal vez a través de muchas encarnaciones, con muchos grados de iniciación y de mérito, y seguidos de otros muchos escalones más, siempre acercándose a lo Divino.

Con respecto al fundamento del desarrollo espiritual enseña:

Primero. Que el proceso toma lugar completamente dentro del individuo mismo, el motivo, el esfuerzo y el resultado procediendo de su naturaleza interna, a lo largo de las líneas de auto-evolución.

Segundo. Que, aunque personal e interno, el procedimiento recibe ayuda, siendo posible, de hecho, sólo a través de una comunión íntima con la fuente suprema de toda fuerza.

Con respecto al grado de progreso en las encarnaciones, asegura:

Primero. Que hasta el más simple conocimiento intelectual de la verdad Teosófica tiene gran valor preparando al individuo para dar un paso adelante en su próxima vida terrestre, dando un impulso en esa dirección.

Segundo. Que todavía se gana más con la vida de deber, de piedad y beneficencia.

Tercero. Que un avance todavía mayor se obtiene por el atento y devoto uso de los medios para adquirir la cultura espiritual.

Cuarto. Que cada raza y el individuo de ella, llega, en la evolución, a un período conocido como “el momento de escoger”, cuando tienen que elegir por sí mismos sus destinos futuros, escogiendo deliberada y conscientemente entre la vida eterna o la muerte, y que este derecho de escoger es una prerrogativa del alma libre. No puede ejercerse hasta que el hombre ha realizado la existencia del alma en sí mismo, y hasta que esa alma no ha conseguido, durante su encarnación, cierto grado de autoconciencia, en el cuerpo. El momento de escoger no es un período de tiempo fijo, está compuesto de todos los momentos. Este no llega a menos que todas las vidas anteriores hayan conducido a eso. Para la raza como totalidad no ha llegado aún. Cualquier individuo puede acelerar el advenimiento de esto para sí mismo bajo la ley previamente dicha, la maduración del Karma. Pero si no elige correctamente no por eso es condenado enteramente, pues la economía de la naturaleza provee que él tenga una y otra vez, la oportunidad de escoger cuando el momento llega para toda la raza. Después de este período la raza, habiendo florecido, tiende hacia su disolución. Unos cuantos individuos en ella habrán ido más allá del progreso medio y habrán llegado a ser Adeptos y Mahātmās. La masa, que ha escogido acertadamente, pero que no ha obtenido salvación, pasa a una condición subjetiva, allí a esperar el influjo de la ola de vida humana en el próximo globo, siendo ellas las primeras almas que lo poblarán; los que deliberadamente escogieron mal, aquellos cuyas vidas, han pasado en gran perversidad espiritual (haciendo daño por el amor al mal mismo), cortan la conexión con el Espíritu Divino, o la Monada, la cual abandonará para siempre el Ego humano. Esos Egos pasan al estado de miseria de la octava esfera, en cuanto podemos entender, allí permanecen hasta que la separación entre lo que ellos han cultivado y el Ishwara personal o la chispa divina está completa. Pero esto no ha sido nunca explicado a nosotros por los Maestros, quienes han rehusado siempre dar una explicación concluyente. En el próximo Manvántara la Chispa Divina probablemente empezará otra vez la larga jornada evolutiva, lanzada en la corriente de la vida en su fuente pasando otra vez por todas las formas inferiores.

Mientras la conexión con la Monada Divina, no está cortada, esta aniquilación de la personalidad no puede tener lugar. Algo de esa personalidad quedará siempre unido al Ego inmortal. Y aún después de la separación el ser humano puede vivir entre los hombres: un ser sin alma. Esta decepción, por llamarlo así, de la Chispa Divina por la privación del vehículo escogido es lo que constituye el “pecado contra el Espíritu Santo”, imperdonable por su naturaleza misma, puesto que no es posible continuar una asociación con principios que han llegado a degradarse y viciados en el sentido absoluto, hasta el punto que ya no responden más a los impulsos cíclicos y evolucionarios, y abrumados con el peso de su propia naturaleza se hunden en los abismos más profundos de la materia. La conexión una vez rota no puede ser reasumida en la naturaleza del Ser. Pero innumerables oportunidades se ofrecen para el retorno a través del proceso disolvente, que dura miles de años.

Hay también un destino que viene hasta los Adeptos de la Buena Ley que es algo semejante a la pérdida del “cielo” después de haberlo gozado por un tiempo incalculable. Cuando un Adepto ha llegado a un punto muy elevado en su evolución, puede, por un

simple deseo, convertirse en lo que los hindús llaman un “Deva”, o dios menor. Si él hace esto, entonces, aunque gozará por un tiempo larguísimo la felicidad y poder correspondientes a su estado, no podrá en el próximo Pralaya, participar de la vida consciente “en el seno del Padre”, sino que volverá a sumergirse en la materia en la nueva “creación”, llevando a cabo ciertas funciones que no podemos aclarar por ahora, y tendrá que subir otra vez, a través del mundo elemental; pero esto no es como la suerte del Mago Negro que cae en Avitchi. Y otra vez entre las dos él puede escoger el camino medio y llegar a ser un Nirmānakāya, uno que deja ir la felicidad del Nirvāna y se queda en su existencia consciente fuera del cuerpo después de la muerte, en pos de ayudar a la Humanidad. Este es el mayor sacrificio que él puede hacer por la Humanidad. Avanzando de un grado de interés y relativa adquisición, a otro grado como fue afirmado anteriormente, el estudiante acelera el momento de escoger, después del cual su progreso será mucho más rápido y más intenso.

Debemos añadir que la Teosofía es el único sistema de religión y filosofía que explica en una manera satisfactoria los siguientes problemas:

Primero. El objetivo, uso y la población de otros planetas distintos a la Tierra, que sirven para prolongar y completar el curso evolucionario, y llenar la medida requerida de la experiencia universal de las almas.

Segundo. Los cataclismos geológicos de la Tierra; la ausencia frecuente de tipos intermediarios en la fauna; los casos arquitectónicos y otras reliquias de las razas ahora perdidas, y de las cuales la ciencia ordinaria no tiene nada, sólo vanas conjeturas; la naturaleza de las civilizaciones extinguidas y las causas de su extinción; la persistencia del salvajismo y las desigualdades de la civilización actual; las diferencias, físicas y de índole interna que existen entre las diversas razas humanas; la dirección del desarrollo del futuro.

Tercero. Los contrastes y concordancias en las creencias del mundo, y la base común a todas.

Cuarto. La existencia del mal, del sufrimiento, de la tristeza, un problema insoluble para el mero filántropo o teólogo.

Quinto. Las desigualdades en condición social y privilegios; los contrastes marcados entre la riqueza y la miseria, la inteligencia y la torpeza, la cultura y la ignorancia, la virtud y el envilecimiento; la aparición de hombres de genio en familias sencillas, como otros hechos en conflicto con la ley de la herencia, los casos frecuentes de incompatibilidad entre los individuos y el medio ambiente, tan cruel que les agria el ánimo, obstruye las aspiraciones y paraliza los esfuerzos; la antítesis violenta entre carácter y condición; la ocurrencia de accidentes, desgracias y muertes prematuras, todos los problemas que sólo se explican por la teoría convencional del capricho divino o por las doctrinas Teosóficas del Karma y la Reencarnación.

Sexto. La posesión por los individuos de poderes psíquicos: clarividencia, clariaudiencia, etc., como los fenómenos de psicometría y mesmerismo.

Séptimo. La verdadera naturaleza de los fenómenos legítimos del espiritismo, y el antídoto contra la superstición y su exagerada expectativa.

Octavo. La impotencia de las religiones convencionales para extender sus áreas, acabar con los abusos, reorganizar la sociedad, promulgar la idea de la fraternidad, abatir el descontento, disminuir el crimen y elevar a la humanidad; y una aparente incapacidad de realizar en vidas individuales el ideal que ellos profesamente proclaman.